

Los cuentos de Rubén Darío

Por Raimundo Lida



Antes de *Azul...* (1888) Darío ha cultivado ya asiduamente el relato en verso; en *Azul...* mismo y en los grandes libros que le siguieron, la poesía narrativa está representada por páginas famosas: "Estival", "Caupolicán", "Palimpsesto", "Cosas del Cid", "Metempsícosis", "Los motivos del lobo", "La rosa niña"... En prosa, gérmenes de relato aparecen dispersamente en los artículos de Darío anteriores a su primer cuento, "A las orillas del Rin". Después, unos pocos e indecisos tanteos, y de pronto, decisiva, la seducción del cuento francés, ceñido y brillante. El año de *Azul...* será, para Darío cuentista, el más fecundo entre los anteriores a 1893.

Entre 1888 y 1890 vienen a colocarse aquellos relatos sombríos que Rubén se proponía agrupar bajo el nombre de Cuentos nuevos, ciertamente escasos en número. En cambio, los publicados en 1893 señalan por su abundancia la culminación de Darío en este aspecto de su obra, y tanto ellos como los que van apareciendo, con grandes intervalos, a lo largo del lustro subsiguiente -la época de *Prosas profanas*- sobresalen, unos por su refinada elaboración formal, otros por su intensidad y originalidad. De esos años son el "Cuento de Nochebuena", "Este es el cuento de la sonrisa de la princesa Diamantina", "Respecto a Horacio", "La pesadilla de Honorio", "La pesca", "La leyenda de San Martín patrono de Buenos Aires", "La fiesta de Roma". De entonces también ciertos cuentos muy visiblemente enlazados con los últimos que escribió Darío: así, la fatídica imagen de María Antonieta que en "Un cuento para Jeannette" (1897) viene a proyectarse sobre la de Jeannette misma, prelude un tema que en 1911 utilizará Darío para una de sus narraciones más intensas, el "Cuento de Pascuas"; y "Verónica" (1896) pasará a ser en 1913, con ligerísimos retoques, "La extraña muerte de fray Pedro". Muy escasa es, en conjunto, la producción narrativa de Darío desde 1894 hasta su muerte, y nula en muchos de esos años.

La actividad de Darío narrador se extiende, pues, desde antes de su primer libro de versos hasta después del último, y nace y crece tan unida a la obra del poeta como a la del periodista. Es natural que a menudo lleguen a borrarse los límites del relato con la crónica, el rápido apunte descriptivo o el ensayo. Sólo la presencia de cierto mínimo de acción es lo que puede movernos a incluir, entre sus cuentos, páginas como "Esta era una reina..." o "¡A poblá!...:", y a desechar tantas otras que no se distinguen de ellas sino por la falta de ese elemento dinámico. En el extremo opuesto, una frontera igualmente difusa separa el relato de la prosa lírica, a veces de tono muy afín. Gradual es el tránsito de "La pesca", "Carta del país azul", "La canción del oro" "Fugitiva", a los "Poemas en prosa". Entre éstos, la "Sanguina" recuerda muy claramente -hasta por su título- los trozos pictóricos de "En Chile", sólo que no hay en él ningún Ricardo "en busca de cuadros", ni asomo alguno de acción. "Fugitiva", a medias pintura estática, a medias evocación borrosa del pasado, apenas tiene de relato otra cosa que ese leve toque novelesco añadido al final: "no sabrás nunca que has tenido cerca a un soñador que ha pensado en ti...". El poeta ha preferido no organizar dramáticamente la sucesión de las "estrofas", podemos leerlas, como el epitafio de Midas el frigio en el diálogo platónico, alterando el orden de las partes sin que se perjudique gravemente la impresión de conjunto (lo que Valera reprochaba a "La canción del oro"). Un paso más y ya llegamos, saliéndonos del cuento, a la pura "romanza en prosa", como llama el propio Darío unas páginas incluidas en *Azul...*

La música ante todo; canto sin fábula. No es sólo, pues, que el estudio de sus cuentos ilumine al mismo tiempo, desde fuera, aspectos parciales de la creación poética de Rubén, sino que la poesía misma penetra de continuo en estas páginas de prosa.

Tomado de "Letras Hispánicas"
de Raimundo Lida. Fondo de
Cultura Económica.